XV

Juana había vuelto en sí y recordando todo lo ocurrido se asombró de no encontrarse heririda. Apenas si antes de precipitarse en el agua había tenido tiempo de aterrarse.

Ahora que el peligro estaba lejano, su corazón se sublevaba á la idea de que en un segundo hubieran podido destruirse todas sus esperanzas del porvenir, si ya que no habia muerto hubiese perdído la belleza de que estaba tan orgullosa y en la cual fundaba su fortuna futura.

Miró á su alrededor y se dió cuenta de la escena que acababa de desarrollarse.

Estaba sola con Harry, pero ya no temia nada de él,

Su cólera debía haberse apaciguado, y se había apaciguado en efecto.

Harry sufría la reacción de sus violencias. Parecía abatido y casi arrepentido.

Estaba de pie ante ella en la actitud de un criminal que quiere obtener el perdón de un gran delito.

Juana comprendió que el momento era decisivo y que podía asegurar su dominio sobre aquella alma enferma, mostrándose indulgente.

Las mujeres perdonan sin trabajo los crimenes que el amor hace cometer.

—Harry—dijo con voz dulce, -debeis estar satisfecho porque vuestra voluntad no se haya cumplido en absoluto. Dios os ha ahorrado un gran remordimiento.

—No me agobieis con vuestras reflexiones. Había decidido morir y arrastraros conmigo á la eternidad. Creed que he querido morir con vos; me han faltado fuerzas para llegar hasta el fin. No sé qué misterioso poder ha dirigido mi mano; quería mataros y os he salvado. Me había apoderado de vuestra vida y os la he devuelto. Sin mí estaríais en este momento en el fondo del agua. Mi deseo se hubiera cumplido; jamás hombre alguno hubiera tocado vuestra mano, jamás otros ojos se hubieran fijado insolentemente en esa belleza todo poderosa. Me arrepiento de mi cobardía y si aún tuviese valor os arrojaría de nuevo á ese abismo de que os he sacado.

Se detuvo y dió algunos pasos sobre el estrecho espacio que les había recibido.

—¿Pretendeis amarme y hablais así?—dijo la institutriz.—¡Os compadezco, si el amor produce en vos tales efectos! ¡Debeis sufrir una cruel perturbación!

—¡Sí, sufro! — exclamó Harry.—¡Sí! ¡En vuestra indiferencia ignorais lo que es la terrible tortura de los celos!¡Os lo juro; paso por

vos suplicios peores que los de la más terrible muerte! Ser destrozado por la punta de las rocas ó aplastado en una terrible caida, no es nada al lado de los dolores sordos é incurables que experimento. Desde el día en que he tenido la desgracia de encontraros en mi camino, he perdido todo imperio sobre mí mismo. De cerca ó de lejos, no pensaba más que en vos, no veía más que á vos, no quería más que á vos.

Jamás comprenderéis la malas ideas que han germinado en mi espíritn desde el instante en que habéis figurado vos en él. Mis mejores amigos se me han hecho odiosos, porque les acogiais con sonrisas que yo envidiaba. Mi hermano, á quien debería querer, puesto que corre por nuestras venas una misma sangre, puesto que hemos respirado el mismo aire y recibido iguales cuidados en la misma casa, es odiado por mí, porque será dueño algún día de los bienes que yo hubiera querido arrojar á vuestros pies, porque él tiene todas las seducciones y todas las elegancias, todas las ventajas del nacimiento, y hasta esa fútil y pasajera belleza que os subyuga y á la cual dais tanto valor. En la distribución entre nosotros, á mi me ha quedado la inferioridad y la fealdad. Le odio. ¡Soy muy desgraciado!

Juana se había sentado, y con la cabeza apoyada entre las manos, le escuchaba con visible compasión. Animado por la triste sonrisa que veia dibujada en los labios de la joven, se puso de rodillas ante ella.

—Juana—la dijo,—ahora que conocéis mis miserias; ahora que habiéndoos arrojado en un peligro de muerte, he tenido la dicha de volveros á la vida, no me agobiéis con vuestro odio ó con vuestra indiferencia, más cruel aun. No veáis en mi extravío más que el poder del amor que me inspiráis. Si no podéis, y yo lo comprendo, resolveros á corresponderme, al menos tened para mí indulgencia y compasión. Sostenedme y reparad con vuestra clemencia el mal que involuntariamente me habéis causado.

Abrasadoras lágrimas corrían por sus mejillas. El remordimiento se había despertado en aquella alma ulcerada.

Juana le tendió la mano.

—Sois un niño enfermo—le dijo,—y no queréis curaros.

--¡Tan sólo vos podéis ayudarme á conseguirlo!

—Pues bien.....

La joven se detuvo. Su pecho se agitó por un esfuerzo, volvió los ojos á otra parte y añadió bruscamente, y levantándose al propio tiempo:

-Trataré de hacerlo.

Evidentemente esta concesión costaba mucho

trabajo á la institutriz. Sus palabras se ahogaron en su garganta y la promesa llegó como un soplo á oidos de Harry.

Sin embargo, la había comprendido bien.

Estaba desconocido. El verdadero arrepentimiento que sentía, el valor que había tenido para mostrar sus verdaderos sentimientos á aquella á quien idolatraba; la satisfacción que experimentaba por haber aligerado la carga de los remordimientos, iluminaban su pálido rostro de una alegría singular y trasfiguraban pasajeramente su fealdad.

—Gracías—exclamó seducido por la dulzura de la joven.—Pero no es solo compasión lo que solicito, es amor tambien lo que espero. Prometedme reflexionar; no me perturbeis con esas burlas que me hacen perder la razón. Concededme el derecho de esperar en el porvenir, que vereis clara la sinceridad de mi amor. ¿Quereis?

La joven se apoyó en su brazo, y aproximando su cabeza á la de Harry con un movimiento lleno de gracia:

__¿Por qué no habeis hablado antes así?—le

dijo.

A una milla de allí, una barca se destacaba,

dirigiéndose rápidamente hacia ellos. El reverendo Augusto Kimdale la mandaba.

Cuando hubo llegado, dirigió una mirada circular á aquella escena y se extremeció al comprender la extensión del peligro que habían corrido; abrazó á su discípulo, estrechándole contra su corazón; embarcó á los náufragos en su lancha y los condujo á un carruaje que les esperaba á corta distancia de donde saltaron á tierra.

—Hé aquí—pensaba mientras los caballos les llevaban hacia el castillo—uno de esos accidentes que no ocurrirían en tiempo de miss Catalina Krugersteín.

¿Cómo habían de ocurrir?

La pobre joven era tan distinguida en sus maneras como buena de corazón y rica de saber, pero de un aspecto capaz de asustar á un indigena del reino de Dakar, aspecto que es quizá la primera condición que debía exigirse á una institutriz.

XVI

El prodigioso salto dado por el menor de los Albany y su sangre fría ante peligro tan inminente, le devolvieron la estimación de los arrendatarios del dominio.

Se habló de esto con entusiasmo hasta en Perth. No hubo muchacha que al saber que él pasaba no corriese á la ventana á admirar al héroe de tan asombrosa aventura.

Harry hizo sin saberlo muchas conquistas que no conoció.

Lo feo de su aspecto desaparecía ante el prestigio que había adquirido.

Además era un Steward, y para las aldeanas era lo mismo que decir un príncipe de sangre real.

Debemos confesar que desde su explicación con la señorita Montaigu se había verificado un cambio completo en su manera de ser. Se mostraba más confiado y casi alegre. En su alegría no había conquístado la belleza de un Apolo, pero la mejoría se notaba bien.

Juana no decía ni sí, ni no.

Sin aventurarse más allá de las fortificaciones de una prudente reserva, sabía atemperar las fogosidades del joven, tan visibles como las llamas de un horno á través de las tinieblas de la noche, con alguna ligera distinción, como una frase cariñosa, una mirada, tan grata al corazón de un enamorado como el bálsamo á los heridos.

El censor más exigente no hubiera podido reprender nada en la conducta de la institutriz; pero había renunciado á las frases ofensivas y á altiveces inútiles para con aquel espíritu irritable y sumiso en lo sucesivo.

Harry se contentaba con estas apariencias exteriores y entraba más y más de lleno en su pasión, esperándolo todo de su perseverancia.

A menudo, cuando en las largas soirées del estío los huéspedes de Glenmore se encerraban en el inmenso castillo, formando grupos como caravanas en el desierto, él permanecía apoyado en el piano, escuchando á la hermosa francesa, que recorría los antiguos clásicos, Hummel, Clementí ó Dussech, ó suspirando, con su voz, más espiritual aun que melodiosa, los tiernos ó galantes aires tomados del repertorio de las óperas cómicas, desde las timideces de Dalayrac y de Gréty, hasta los licenciosos couplets de las operetas á la moda.

Harry era, pues, casi feliz. No veía más que de lejos la tierra de promisión; pero más favorecido que Moisés, esperaba entrar en ella algún día.

¿Cuándo y cómo? No lo sabía. Juana defendía vigorosamente las fuerzas de la plaza y no aventuraba más que las avanzadas.

De una y otra parte se guardaba silencio acerca de la capitulación definitiva, y se sacaba partido de las ventajas ganadas ó perdidas.

¡Resultado extraño de los feroces juegos del

amor!

Harry, que se absorbía en la contemplación de una mujer que no le amaba, y que se contentaba con las falaces esperanzas que ella le dejaba concebir, sin autorizarlas, tenia á dos pasos de sí á una encantadora joven que suspiraba noche y día por él.

El administrador principal del dominio, vivía cerca de una milla de distancia del castillo, en una casita aislada y muy artísticamen-

te dispuesta.

Rob Freeming era un servidor á toda prueba de la familia de Albany, un intendente de la vieja cepa, de la buena.

Gozaba de la confianza de la duquesa, y la

merecía.

El aspecto de un magistrado, la gravedad de un ministro y la probidad de un patriarca, residían en él.

Tha á menudo á Perth ó á Londres, en donde tenía asuntos de gran interés, y dejaba entonces á su hija única, Mary Freeming, bajo la guarda de una anciana ama de llaves, que reemplazaba á su madre, que había fallecido hacía bastantes años.

Mary era una adorable criatura de diez y seis años, una rubia encantadora y graciosa como todas las escocesas de su edad, que saben que son bonitas.

Profesaba gran respeto á la gerarquía y no concebía que hubiera en el mundo nadie supe-

rior á los Steward.

Se había acostumbrado desde pequeñita á mirar furtivamente al único de sus señores que honraba á Glenmore, permaneciendo en él algunas temporadas. Además, ¿no estaba en la edad de los arranques irreflexivos?

Por la tarde, cuando estaba sola á la ventana, contemplando la puesta del sol á través de los claros que dejaban los plátanos ó los sicomoros del parque, sus grandes ojos, de un azul claro, se llenaban de lágrimas, cuya causa no sabía explicarse.

Si Harry pasaba cerca de ella, tocando ligeramente la ropa de la joven ó acariciéndola el rostro, la decía con aire distraido.

-¡Hola, Mary! ó ¿Cómo está Freeming, monina?

La joven quería responder y no conseguía que las palabras pasaran de su garganta; pero cuando el indiferente estaba ya lejos, se ocultaba detrás de los árboles y le enviaba un beso, del cual no hacía caso el ingrato.

Se hubiera asombrado mucho si le hubieran dicho que Mary tenía los cabellos más hermosos que había en Escocia, un cuerpo de una elegancia y una delicadeza que no tenían semejante, una epidermis tan fina como la seda y unos ojos capaces de hacer soñar al más indiferente.

Si se hubiera añadido que Mary tenía una voz encantadora y que cantaba admirablemente las baladas de Moore, hubiera contestado que á él qué le importaba todo eso y que una sola voz en el mundo tenía el don de conmover las fibras de su alma.

Después del accidente de Aberfull, Mary palidecía y perdía el poco buen humor que le quedaba desde el regreso de Harry al castillo.

Con la doble vista de los enamorados, había adivinado un drama de amor en aquella catástrofe.

Disponiendo de entera libertad para rocorrer los bosquecillos del parque, se había ocultado entre ellos á menudo, menos por espiar á Harry, que por contemplarle á su gusto, y entónces había sorprendido ciertos signos de inteligencia, que eran lo bastante á aumentar su inconsciente pasión, por una rivalidad que la exaltaba y la hacía más interesante.

No tenia para defenderse de ella ni la edad de Ketty, ni la firmeza de la institutriz. Estaba entregada por completo á aquel pensamiento que la dominaba arrastrándola hácia el objeto de su preferencia como el polen de las flores, llevado por las brisas de junio hacia las enamoradas corolas que le esperan.

Tres amores se agitaban en Glenmore, suaves ó violentos, sinceros ó calculados, cuando el mes de setiembre, es decir el mes de la caza y de las reuniones del campo, llevó allí una nueva colonia que cambió aquella soledad en un lugar de tumulto y de placeres y el salón del castillo, silencioso y triste, en una sala de brillantes fiestas, llenas de ruido y de alegría.